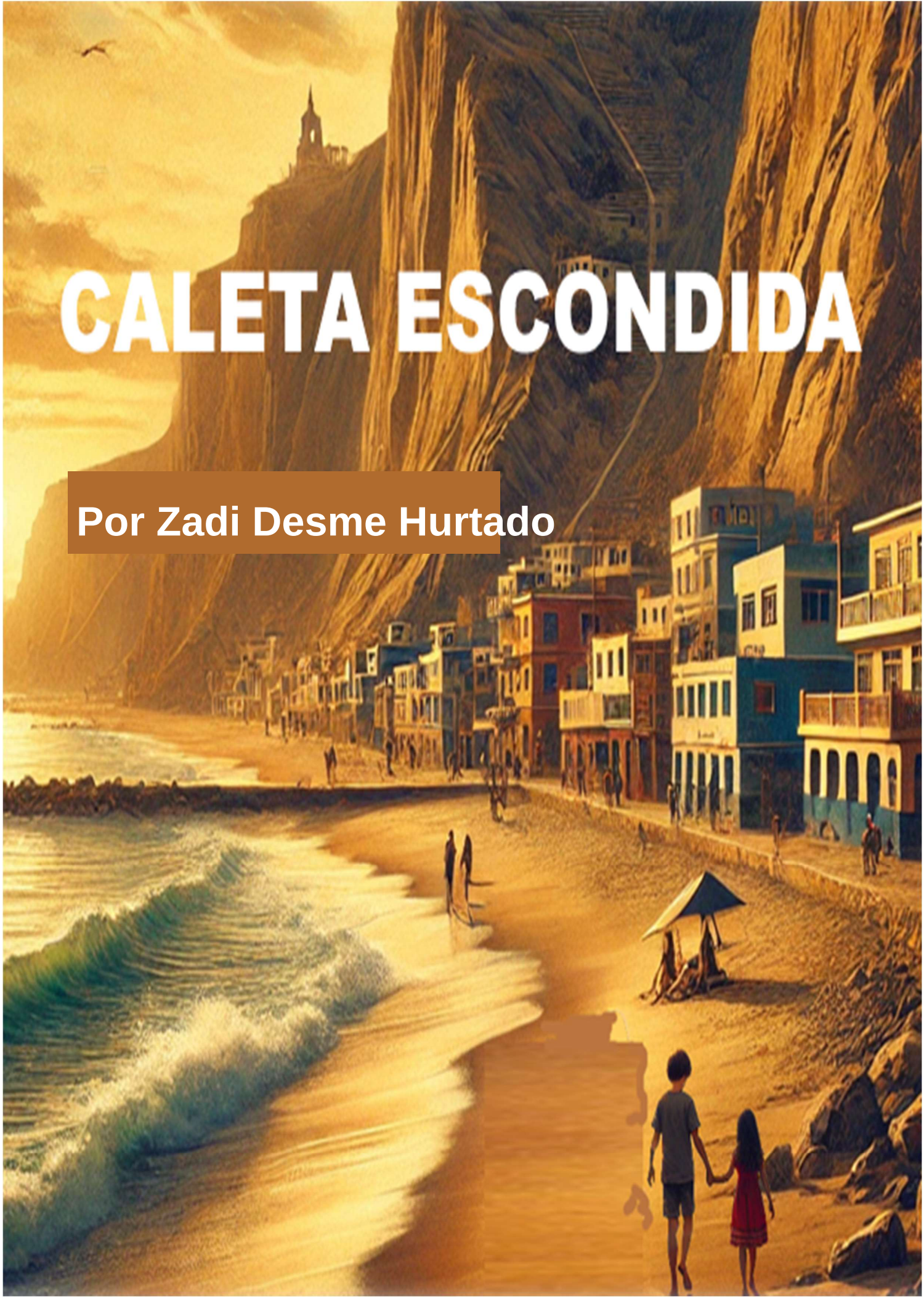
CALETA ESCONDIDA
Por Zadi Desme Hurtado

CALETA ESCONDIDA

Por Zadi Desme Hurtado

Dedicado con amor

A esa mujer maravillosa, mi tía Carmen,
quien siempre estuvo a mi lado,
llenando mi vida de cariño y apoyo incondicional.
Tu amor fue un refugio y una guía.

Y a mis hijos, Martina y Maximiliano,
por ser la luz de mi vida,
la razón de cada sueño cumplido,
y el legado más hermoso que jamás podría desear.

Con todo mi corazón, para ustedes.

.

Me avisaban que iríamos a pasar nuestras vacaciones a la casa de la tía Carmen, esto significaba para mí, otro verano lejos de mis amigos del colegio y del barrio. Me esperaba un largo y aburrido viaje, y lo peor de todo, retrocedería en el tiempo, tendría que despedirme de todo lo que se conoce como civilización.

No es que sea melodramático, pero ese lugar estaba ubicado en el último rincón del mundo, oculto de todo lo que significaba tecnología, lo que es un castigo para un niño de mi edad. Un escondido sitio rodeado de dunas y acantilados, pero bendecido con una hermosa playa y un manantial que proveía de agua a sus ermitaños moradores.

Era un pequeño balneario en forma de herradura, en medio de la nada, donde la única forma de entrar y salir, era por un camino de tierra serpenteante, que estaba pegado a la ladera del cerro, y llegaba hasta un costado de la playa, donde había una vieja plaza con una pileta labrada en piedra, que contenía una roca muy grande en su interior. Esta tenía inscripciones talladas en uno de sus lados, difíciles de entender o interpretar. Estaba desgastada por el tiempo, pero me imagino que en su época debió ser realmente imponente.

La gente del lugar decía que los antiguos habitantes la encontraron en la playa, y que fue un regalo del mar, que estaba allí desde hacía cientos de años, mucho antes de la llegada de los españoles. Originalmente tenía un cristal incrustado que brillaba bellamente con los rayos del sol, se dice que, en esa época la región vivía en prosperidad y bonanza.

En menos de lo que pensaba, ya estábamos en camino, deshidratado por el sofocante calor, sin aire acondicionado que nos refrescara. Luego de recorrer varias horas martirizantes por la carretera principal de la costa, viajando en nuestro pequeño vehículo, incómodos por los bolsos que no pudieron entrar en la maletera, y por tener que compartir el poco espacio que quedaba atrás con mi hermana.

Al lado izquierdo de la pista, se podía ver un letrero muy peculiar, casi desapercibido, sostenido por una cuerda amarrada a un clavo oxidado, afianzado a una palmera, que solo Dios sabe cómo se mantenía viva. Las letras parecían haber sido hechas por un niño de primer grado, y decían: “Bienvenidos a Caleta Escondida, a 50 kilómetros”.

Salimos de la carretera principal, y tomamos un camino secundario de tierra, como nos indicaba el letrero. Inmediatamente, tuvimos que cerrar las ventanas para no llenarnos de polvo. La radio dejó de transmitir música, y solo se escuchaba el sonido de la estática.

La pista atravesaba por una zona de dunas y a los costados de la ruta, había unas extrañas plantas que solo crecen en la arena, la niebla matinal les proporciona el agua que necesitan para mantenerse vivas.

Después de media hora rodando por el desierto, nos encontramos con un pueblo. Se podía apreciar una larga calle que lo atravesaba de lado a lado; era una ciudad abandonada. Las puertas de las casas estaban caídas y descoloridas por el tiempo y los rayos del sol, las paredes de adobe tenían todo el revestimiento desprendido, y los techos de paja y maicillo se habían caído por completo. Al costado de esta, se veían una especie de montículos cubiertos por la arena, era un antiguo cementerio con muchas tumbas. Papá nos contó, que este pueblo estuvo lleno de vida. Sus habitantes descendían de una cultura pre inca muy antigua, y vivían en armonía con la naturaleza. Hasta comienzos de siglo, sus descendientes habitaron este lugar, pero extrañamente, el agua dejó de fluir en sus pozos, sus campos se secaron, y sus animales murieron de sed. Poco a poco, los pobladores migraron, pero muchos fallecieron antes de partir por una rara enfermedad, hasta que solo quedaron las ruinas que podemos ver ahora.

Lentamente, fuimos dejando atrás el pueblo fantasma, y después de manejar por otros treinta minutos, llegamos hasta una explanada.

Desde lo alto, se apreciaba un escalofriante acantilado, había que seguir por una estrecha carretera, que nos obligaba a bajar por una empinada cuesta que iba pegada al borde del cerro.

Se podía observar la imponente forma de herradura de la playa, con su bella y blanca arena. Al fondo, el mar azul se fusionaba con el horizonte, creando un hermoso y suave arco. Había que admitirlo, era una vista extraordinaria.

El constante retumbar de las olas, era como una sinfonía sin fin, acompañada de la burbujeante y blanca espuma, creada por el romper de las olas. Cierro mis ojos, y percibo la suave caricia del viento, que me trae el inconfundible olor del mar.

Abajo, una carretera de tierra dividía la playa de las casas, que están pegadas a la ladera del cerro, la pista era de un color chocolate, producto del riego con melaza de caña de azúcar, utilizada para que los pocos vehículos que circulaban no levantaran polvo.

Una vieja casa de dos pisos, pintada de azul claro, sobresalía del resto; era la casa de la tía Carmen.

Al frente, corría un descuidado malecón, que aguantaba firme el pasar de los años, este servía de paseo para sus habitantes, pero, aun así, le daba un toque señorial al lugar, recordando su bello pasado.

Mi padre me contó que cuando tenía 10 años, viajó solo de la capital a Caleta Escondida en un vehículo expreso, así les decían a esos viajes especiales. Al llegar a la peligrosa bajada hacia la playa, el conductor decidió no continuar porque era de noche, tenía miedo de bajar con el vehículo a esas horas, muchos se habían desbarrancado. Con total irresponsabilidad lo dejó, mi padre no protestó, total, ese camino lo había hecho cientos de veces y lo conocía como la palma de su mano, pero de día.

El vehículo ya se había marchado, y mi padre comenzó a sentir que lo observaban. Miró hacia el costado, y no vio nada, miro hacia atrás, y vio numerosos ojos brillantes que se fijaban en él. Un frío escalofrío recorrió su cuerpo, entró en pánico. En ese instante comenzó a recordar las historias de animales diabólicos, que sus amigos le contaron, y que supuestamente vivían en el cerro. Escuchó gruñidos, y en su mente aterrorizada, juró que esos seres estaban ahí, y lo asechaban. Imaginó que pronto saldrían a atacarlo tirando fuego por la boca y que se lo llevarían.

En su desesperación, comenzó a correr por el filo de la pista, y soltó el pequeño maletín que llevaba. Este cayó cuesta abajo, esparciendo toda su ropa por el cerro. Mi padre, en un arrebato de valentía o tal vez de puro terror, se lanzó brincando como un canguro desbocado por la ladera del cerro. No paró hasta llegar al final y correr a la puerta de su casa, prácticamente la rompió de tanto golpearla con sus manos. Tenía el corazón en la boca.

La tía Carmen abrió y al verlo, soltó una carcajada. Mi padre estaba cubierto de tierra, sin zapatos y con una desencajada cara de espanto, sin decir nada más, corrió a su habitación y se encerró.

Al día siguiente, fueron a recoger sus cosas, que estaban esparcidas por todo el cerro. La tía no podía creer de cómo había sido tan osado su sobrino, de aventarse desde arriba del cerro, definitivamente se asustó.

Más tarde, papá se enteró de que los demonios que lo habían asustado, eran en realidad unos perros.

No entendía por qué mis padres siempre nos traían de vacaciones a este lugar. Mis amigos se iban a destinos mucho más interesantes que esta solitaria playa, e incluso algunos salían fuera del país. Era algo que me costaba asimilar. ¿Por qué nosotros no?

Lo que yo ignoraba, era que nuestra situación económica no estaba buena. Mi padre se mataba trabajando, casi no lo veíamos. Habíamos estado en cuarentena por muchos meses, estábamos saliendo de una pandemia a nivel mundial donde murieron miles de personas, y había una fuerte recesión económica. Él, siempre optimista y luchador, nos decía: "Las cosas van a cambiar", "El próximo mes será mejor".

Mi madre lo amaba, y ella vivía para mantener en armonía y darle un balance emocional a la familia. Trataba de no pedirle dinero. Ella era una experta en inventar y crear cosas de la nada; lo inservible lo convertía en algo útil. Su imaginación y entusiasmo no tenían límites, podía crear un castillo de princesas de la nada. Era el alma de nuestro hogar, y lo más importante, nos daba mucho amor.

Mi hermanita y yo, a esa edad, no entendíamos sobre problemas de dinero, estábamos en una época en que pensábamos que todo lo que existía en el mundo estaba hecho para ser tomado por nosotros, sin conciencia de lo que costaba. Lo peor era que, a veces, injustamente, creíamos que era obligación de nuestros padres complacernos, sin pensar que solo los martirizábamos con nuestros requerimientos, ya que en ese momento no tenían los medios económicos, y sufrían al no poder complacernos.

—¡Llegaron mis niños! ¿Cómo les fue en el viaje? —gritaba alegremente la tía Carmen. Ella era muy feliz recibiendo a los hijos de su amado sobrino.

La tía Carmen, era hermana del padre de papá, ella quedó viuda, sin hijos. Los padres de nuestro papá se divorciaron cuando era muy niño y desde ahí ella lo crio, era una mujer muy inteligente y de armas tomar. Siempre lo escuchaba decir a mi papá, que, gracias a todo lo que ella le enseñó, pudo salir adelante en la vida.

Luego de muchos abrazos y besos, nos instalamos en nuestra habitación. Las dos camas tenían cabeceras de bronce, y el somier emitía chirridos graciosos cada vez que nos sentábamos y nos movíamos. Los muebles tenían un aspecto desgastado, pero estaban bien conservados, tenían más de cien años. Martina y yo empezamos a abrir los cajones del ropero, curiosos por ver qué rareza encontraríamos esta vez. Lo único extraño eran las bolitas blancas de naftalina, que protegían las sábanas y cubrecamas guardados en sus compartimientos.

La habitación estaba pintada de un color verde agua muy suave, y el alto techo relucía con un blanco invernal. Aquí, habían dormido muchos antes que nosotros, los padres de los abuelos de mi padre, mis abuelos y algunos tíos. Era una habitación llena de historia y misterio.

—Max, ¿aquí hay fantasmas?

—Mira hermanita, si los hay, son buenos, porque deben ser nuestros parientes. No te preocupes, no nos molestarán.

Fuimos llamados a almorzar, los alimentos en esa casa eran servidos puntualmente, eran la una y media de la tarde. Lo único que me molestaba, era lo estricta que era la tía Carmen, teníamos que estar bien peinados y vestidos adecuadamente. Estaba prohibido sentarnos a la mesa con sandalias y menos con ropa de baño. Si no llegabas a la hora, tenías que comer solo en la cocina.

Mi madre no dejaba de contarle a la tía lo bien que nos había ido en el colegio, a su vez, la tía expresaba lo orgullosa que estaba de nosotros. Siempre nos hacía prometer, que cuando estuviéramos grandes, nunca dejaríamos de visitarla.

Ella detestaba la ciudad y su bullicio, decía que toda su gente no tenía remedio y estaban desquiciados, que lo único que sabían hacer era, correr apuradamente de un

lado para otro, sin tiempo para disfrutar de la vida. Afirmaba que, el respeto y la caballerosidad se habían perdido, y que la humanidad había perdido su rumbo.

Mi madre durante el almuerzo puso al día a la tía con los últimos chismes de la gran ciudad, en una conversación muy animada, aunque aburrida para mi hermana y para mí. Pedimos permiso para retirarnos, y salir a jugar a la playa.

—Mucho cuidado con ir a las peñas o a los acantilados, ustedes saben que son muy peligrosos —nos advierte la tía Carmen.

Yo tenía diez años y mi hermana ocho. A estas alturas, ya estaba resignado a estar aquí y no pensaba aburrirme. Habría sido más divertido venir con papá, él inventaba juegos de la nada; era muy entretenido. Lo extrañaba mucho, y pensaba que sería imposible encontrar algún tipo de entretenimiento en esta playa sin él.

Caminábamos por la arena buscando algún objeto arrojado por las olas. Era asombroso ver todo lo que el mar puede traer a la playa, restos de redes de pescadores, maderas con figuras raras, plumas y muchas cosas más. Lo triste era encontrar plástico y restos de petróleo, esto contaminaba el mar y mataba a los peces. Desde cuando estuvimos muy pequeños, nuestros padres siempre nos recordaban lo importante que era el no contaminar nuestro medio ambiente, y lo prescindible que era vivir en armonía con este.

Los cangrejos corrían a sus huecos en la arena, estaban asustados por nuestros pasos y por el de las gaviotas que los acechaban. Cuando las olas se retiraban de la orilla, se podían ver en la arena cientos de pequeños orificios que se formaban, era increíble ver que, en cada rincón de la playa, había una extraordinaria variedad de vida.

—Max, ¿por qué no vamos a explorar un poco más allá? —la miro y pienso sobre el lugar que me señala Martina, es la zona prohibida por la tía. Era una sugestiva alternativa.

—Buena idea hermanita. Total, después de todo, es de día, este lugar es tranquilo. ¿Qué nos podría pasar?

Era un día nublado, el sol se mantenía escondido por las espesas nubes. Estaba muy fresco y corría un viento que nos mojaba con la brisa proveniente del reventar de las olas.

Haciendo caso omiso a la advertencia de la tía Carmen, nos encaminamos al final de la playa, donde el cerro hacía un caprichoso quiebre en forma de U, dejando un único y estrecho sendero para pasar.

Caminamos un poco asustados, tomados de la mano y bien pegados al cerro, fuimos avanzando poco a poco. Los peñascos nos protegían del reventar de las olas; era la única forma de llegar al otro lado, donde había una playa llamada Colorado. A diferencia de Caleta Escondida, tenía una playa ancha y larga, donde el viento soplaba fuertemente y el mar era muy agitado, con olas de más de cinco metros. Según nos contaban, mucha gente se había ahogado en sus aguas, la corriente marina era muy fuerte y traicionera, por eso nadie construyó casas en esa zona.

El camino era interrumpido por un agujero, cada vez que una ola reventaba contra las rocas, salía un tremendo chorro de agua. Al parecer, venía de una cueva subterránea que estaba debajo de nuestro camino. Al ser golpeada por las olas, se saturaba y el excedente de agua era expulsado con gran fuerza hacia arriba, formando una especie de géiser que elevaba el potente chorro de agua a por lo menos diez metros de altura, creando un espectáculo hermoso formando un arcoíris.

Nos quedamos observando esta maravilla acuática, sobre todo, tomando el tiempo entre cada chorro de agua para poder cruzar sin ser golpeados, ya que su fuerza podría tirarnos al mar fácilmente si no teníamos cuidado.

Mi papá nos había contado muchas historias vividas en Caleta Escondida durante su niñez. Una de ellas, decía que una vez, explorando justamente en la playa vecina a la que ahora nos dirigíamos, encontró un barco pesquero varado. Había habido un fuerte terremoto al otro lado del continente, y esto produjo un tsunami que llegó hasta aquí e hizo encallar el barco en la playa. Cuando descubrió el naufragio, el pesquero ya estaba abandonado, pero tenía aún muchas cosas dentro que habían dejado. Con sus amigos trató de subir apilándose unos sobre otros, pero fue imposible. Tuvieron que regresar y conseguir una soga para subir y llegar a la cubierta, la nave era muy alta y estaba un poco ladeada.

Durante mucho tiempo, el barco fue el escenario de juegos y aventuras. Nunca tuvieron miedo de estar allí, pero mi padre tenía una extraña sensación, como si alguien los estuviera observando. Un día, encontraron un cesto de frutas. Estaban desconcertados, ¿quién podía haberlo dejado allí? Estaban tan apetecibles que terminaron comiéndoselas. Esto se repitió muchas veces. Nunca supieron quién las dejaba.

Papá contó que, con el paso de los años, la erosión y el choque de las olas hicieron que "El Titanic", como lo llamaba, se fuera hundiendo, hasta quedar totalmente sepultado en la arena, sin dejar rastro de su existencia.

Cuando estábamos por llegar a la playa Colorado, nos encontramos con una pequeña cueva. Mi padre nunca nos había dicho que había una aquí.

—Martina, ¿entramos?

— ¡Estás loco Max!

Mi curiosidad explotaba, así que continué caminando hacia la cueva sin hacerle caso. Ella, por temor a quedarse sola, tuvo que seguirme. Llegamos a la entrada y tomé un respiro para darme valor. Comenzamos a adentrarnos. Era una cueva estrecha en la entrada, pero por dentro lucía grande y misteriosa, profunda y oscura.

Por una extraña razón, había una tenue luz que nos permitía ver. El techo parecía tener incrustaciones de cuarzo. Se veían raros dibujos en las paredes, uno tenía forma de mano y otro de una serpiente. Martina me apretaba la mano y no sabía que yo también estaba asustado.

Mis zapatillas se mojaron con el agua que provenía de adentro de la cueva. Vi cómo unos pequeños peces brillantes, casi transparentes y de rara forma, nadaban libremente, acompañados de diminutos camarones blancos sin ojos que corrían a esconderse.

Unas extrañas y largas puntas blancas se podían apreciar sobre el techo. De estas caían gotas de agua. Se podía sentir el olor a fango y humedad.

—Max, ¿ves eso? —me dice Martina con voz temblorosa.

— ¿Dónde?

— ¡Ahí! —me apunta con su dedo casi tiritando.

Era un pequeño cubo. Me acerco y lo examino detenidamente; tenía unos dibujos raros.

— ¡Max, ¿qué es?!

Lo tomo, y siento que una extraña energía atraviesa mi cuerpo. Suelto el cubo asustado, mi corazón parece que va a reventar. No podía hablar ni moverme, estaba congelado.

Mi hermana, ignorando lo que me estaba pasando, se agacha a recogerlo, pensando que se me había caído. Traté de gritarle y advertirle que no lo tomara, pero no salía ninguna palabra de mi boca. Ya era demasiado tarde, ella lo había tomado y comenzó a sentir lo mismo que yo.

Vi cómo la cueva empezaba a iluminarse poco a poco, como si cobrara vida. Una energía indescriptible atravesaba mi cuerpo, sentía gozo, tristeza y desesperación.

Algo extraño pasaba. Una espesa neblina empezó a cubrirnos, envolviendo todo a su alrededor con un aire de misterio. El tiempo parecía detenerse. Sentí un cosquilleo en la piel y un escalofrío recorrió mi espalda. Poco a poco, la niebla comenzó a disiparse, revelando un paisaje completamente diferente. Escuché un murmullo lejano que se hizo más claro, transformándose en risas, cantos y el sonido suave de música. Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que ya no estaba en la cueva, sino en el centro de un pueblo.

Los pobladores, con vestimentas extrañas y fluidas, estaban reunidos en un gran círculo. A primera vista, parecían un pueblo primitivo, pero al observar más de cerca, comprendí que estaban lejos de serlo. Había una serenidad en sus rostros y una luz en sus ojos que transmitía paz y conocimiento. De sus cuerpos emanaban ráfagas de colores, como si sus emociones y pensamientos se manifestaran en forma de energía pura. Era una celebración, pero no como las que conocía. La música que acompañaba su danzar era sutil y mágica, resonando directamente en mi corazón.

La gente se movía con gracia, bailando en armonía con el entorno. Sentí una conexión con ellos, como si compartiéramos una antigua afinidad. Podía experimentar en mi pecho la misma alegría que llenaba el aire, un sentimiento tan puro que parecía

elevarme. Al observar más de cerca, noté que sus interacciones eran profundamente distintas a las nuestras. No había palabras habladas, pero podía sentir que se comunicaban. La transmisión de pensamientos y emociones ocurría de manera natural, fluyendo entre ellos como un río invisible.

En este lugar, el conocimiento no se almacenaba en libros ni se limitaba por el lenguaje. Cada persona era una enciclopedia viviente, llenos de sabiduría transmitida de mente a mente. Podían conversar con las plantas, escuchando sus lentos susurros y comprendiendo sus necesidades. Los animales caminaban entre ellos sin miedo, como compañeros. Había una conexión profunda entre todas las formas de vida, una armonía que hacía que la naturaleza vibrara con una energía palpable.

Sentí en cada célula de mi cuerpo que, en este pueblo, no se conocía el odio ni la codicia. Sus mentes eran tan vastas y llenas de conocimiento, como el universo mismo, capaces de viajar a cualquier rincón del cosmos sin necesidad de naves o equipos especiales. Experimentaban lo que había en el universo, no a través de los sentidos físicos, sino a través de una conciencia expandida conectada a cada partícula en el cosmos, que les permitía sentir la inmensidad del espacio y comprender los secretos de las estrellas. Capte que, en su mundo, el propósito de la vida no era acumular riqueza ni poder, sino buscar el conocimiento puro y vivir en perfecta armonía corporal y espiritual con todo lo que les rodeaba.

Mientras los observaba, me di cuenta de que habían alcanzado un nivel de desarrollo espiritual e intelectual muy superior al nuestro. Ellos vivían en una verdadera utopía, donde cada individuo era libre de explorar su potencial al máximo, sin las restricciones de la envidia o el ego. Eran inmensamente felices, completos y en paz consigo mismos y con el universo.

El cielo estrellado sobre nosotros parecía más cercano de lo normal, como si las estrellas mismas fueran testigos de esta escena de unidad y gozo. De repente, tal como había llegado, el pueblo comenzó a desaparecer. Las personas se disolvían en el aire, sus risas y canciones se desvanecían como un eco lejano. Todo a mi alrededor empezó a desmoronarse, como un castillo de arena soplado por un viento fuerte.

Mi mente se nubló, y sentí un tirón en mi conciencia. Cuando volví a abrir los ojos, mi hermana y yo estábamos recostados junto a una gran roca, nuestros cuerpos presentes, pero nuestras mentes aún envueltas en la experiencia del pueblo

misterioso. Ambos teníamos los ojos abiertos, pero sabíamos que no estábamos completamente de vuelta.

Entonces, una luz apareció a lo lejos, y la silueta de una persona se destacó en medio de la penumbra, llevándonos de nuevo a la realidad.

— Martina, ¿ves lo que yo veo?

— Sí, Max.

Era una mujer, con una cara angelical, un hermoso pelo largo y plateado. Nos sonríe dulcemente, en nuestro entorno hay una energía indescriptible.

Me pasa una mano por la cabeza y me acaricia el pelo. Siento una increíble paz, mis ojos comienzan a cerrarse, y me voy quedando dormido.

No sé cuánto tiempo pasó, pero al despertar la extraña señora ya no estaba, y nos había dejado un regalo, una canasta de frutas, teníamos hambre, comimos algunas de ellas.

Cuando salimos de la cueva era casi de noche, habíamos estado toda la tarde ahí, pero eso era imposible, no podía haber pasado tanto tiempo. Martina y yo sabíamos que estábamos en problemas.

Regresamos a la casa sin entender lo que nos había pasado. El mar, como nunca, estaba calmado, y el regreso se hizo rápido y sin problemas. La luna llena nos alumbraba el camino, facilitando el cruce por los roqueríos para volver.

Mientras caminábamos, hablábamos de que nadie nos creería lo que nos había pasado, y lo peor de todo, nos castigarían por haber ido al lugar prohibido.

Mi madre y la tía Carmen estaban llorando, todo el pueblo nos estaba buscando. Pensaban que nos había pasado lo peor.

— ¡Señora Carmen, ahí están los niños! —gritó Manuel al vernos aparecer en la penumbra de la playa. Él, era el único sobreviviente del pueblo fantasma que estaba camino a Caleta Escondida, trabajaba en la casa de la tía.

— Niños, ¿dónde han estado? Tenían preocupados a todos en la casa.

Al llegar a la puerta, la mirada dura de mi tía y los ojos hinchados de tanto llorar de mi madre, nos decían todo.

Mi madre, al vernos, nos abraza. Toma aliento y nos dice las palabras de rigor:

— ¡Están castigados, a su habitación!

Con las cabezas cabizbajas y sin que nos dieran la oportunidad de explicar qué pasó, nos fuimos derecho a nuestro dormitorio.

Estábamos muy confundidos y cansados. Para nosotros, fue un premio, más que un castigo que nos mandaran a nuestra habitación.

No alcanzamos a ponernos nuestros pijamas, quedamos profundamente dormidos con la ropa puesta, llena de arena.

No escuchamos ruidos extraños, ni murmullos fantasmales de los que siempre se hablaba que se sentían en la casa, el cansancio nos hizo sucumbir.

Muy temprano, al día siguiente, un rayo de sol entraba por la rendija abierta de la ventana. Se escuchaba el incesante compás del reventar de las olas, pero algo estaba pasando; las escuchaba como nunca antes, era como una melodía, tenían compás y un sentido musical, se podía decir que estaban llenas de vida.

Martina abrió de par en par la ventana, ella estaba percibiendo lo mismo que yo.

Un canario se posó en nuestra ventana y comenzó una hermosa silbatina. Mi hermanita, encantada, miraba desde su cama a la diminuta criatura. Estábamos extasiados con su cantar, cuando repentinamente la puerta se abrió, y el diurno visitante cesó su canto marchándose.

Era Manuel, que nos decía que era hora de tomar desayuno. Nos cambiamos rápidamente y salimos al comedor.

Estábamos listos, sabíamos que habíamos desobedecido una orden y teníamos que aceptar el castigo que nos impongan.

En la mesa, la tía Carmen nos dio un beso. Eso me sorprendió, estaba tranquila. Nos preguntó:

— Niños, ¿qué les pasó ayer?

Mi hermanita y yo nos miramos. Martina nunca decía mentiras, así que ella relató, con puntos y comas, todo lo que nos había pasado. Yo la miraba callado, había que filmar las expresiones que ponían mamá y la tía.

Cuando mi hermana terminó, mamá tenía una cara de incredulidad. Ella sabía que Martina nunca mentía, pero lo escuchado era difícil de creer, por eso estaba confundida.

La tía, por alguna razón, no estaba sorprendida. Se quitó los lentes y pasó una mano frotándose el mentón, luego nos miró.

— ¿Están seguros de que estuvieron en ese lugar?

— ¡Sí tía! Ahí fuimos. —le respondimos en coro.

— Manuel, ¿tú sabías que existía una cueva en ese lugar?

— No, señora, nunca ha habido una cueva en ese lugar.

Martina y yo nos miramos sorprendidos.

— Mamá, te juro que eso fue lo que pasó —interviene Martina—. Estuvimos en una cueva y vimos a esa extraña señora y estuvimos en ese maravilloso pueblo.

Luego de jurar que era verdad lo que contábamos y que así habían pasado las cosas, mi madre dio por terminado el incidente.

La tía hablaba algo con Manuel, estaba seguro de que estaba relacionado con la historia que contamos.

Mi madre trajo de la cocina chocolate caliente, acompañado de unos ricos panecillos y huevos revueltos.

Luego de terminar de desayunar, fuimos a nuestra habitación, y nos pusimos ropa de baño para ir a la playa.

— Mamá, ¿podemos salir a jugar afuera?

— Está bien, pero no se metan en problemas, por favor, y menos ir a ese lugar.

Salimos al porche de la casa. En la playa las olas parecían jugar con la espuma, se escuchaba el griterío de las gaviotas, y el sol nos invitaba a caminar.

— Martina, eso pasó, no lo soñamos.

— Lo sé, hermano, todo esto es muy raro.

Lo que sí era cierto, que de alguna forma u otra no éramos los mismos, algo había cambiado en nosotros.

El malecón se veía imponente, era un firme defensor de los embates del mar cuando este mostraba su poder. Las casas eran grandes, sus entradas daban cara al malecón, y sus estructuras se extendían hacia el cerro, tenían una forma rectangular, pegadas unas a la otra, rodeadas por un pequeño espacio para lo que en tiempo pasado era un jardín. Algunas estaban descuidadas y sin pintar, y todo lo que era de metal, se oxidaba por la sal del mar. El malecón, testigo de otras épocas, tenía el cemento carcomido por el tiempo.

Unas pequeñas embarcaciones eran sacadas del mar, colocaban unos maderos debajo de ellas, para poder empujarlas sobre la arena, era la hora en que regresaban los pescadores, irían casa por casa ofreciendo sus productos, como lenguados, corvinas y algunos mariscos.

Una camioneta que paseaba por la única vía, anunciaba con un megáfono que estaban disponibles verduras frescas y abarrotes, invitando a la gente a comprar. Era don Ordóñez, que venía una vez a la semana.

— Hola niños. ¡Llegaron! Vengan y tomen alguna fruta que les guste. Ya me contaron el lío en que se metieron ayer.

Nos acercamos a él, en esta playa no había secretos, tomamos unas manzanas, sabiendo que no eran gratis, la cuenta sería pagada por la tía Carmen.

Había unas 70 casas construidas en toda la playa, ninguna era igual a la otra, todas únicas y con muchas historias. Todos sus habitantes se conocían, y se preocupaban por cuidarse el uno al otro. No había electricidad, así que el día comenzaba muy temprano y terminaba cuando el sol se escondía en el horizonte.

Las casas usaban leña o gas para cocinar, y las refrigeradoras utilizaban un sistema de enfriamiento con queroseno para conservar los alimentos. La tía era la única que tenía un panel solar que le proporcionaba energía para la radio y la vieja TV, que solo mostraba un canal, aunque la mayoría de las veces aparecían solo rayas oblicuas.

La gente era feliz de vivir de esta forma, y así lo habían hecho durante muchas décadas y no iban a cambiar.

Llegamos hasta la gruta de la Virgen de Lourdes, estaba llena de flores y velas. Era su semana y la gente se estaba preparando para conmemorar su festividad, era increíble ver a todos los pobladores entusiasmados con el evento.

Unos preparaban comidas y otros postres deliciosos para ser vendidos, y lo recaudado serviría para mantener la gruta durante el año. Muchas familias venían de visita desde lejos, era un momento hermoso, donde se juntaban varias generaciones.

Las niñas entre 13 y 18 años competirían vendiendo votos a todos en la playa, la que recaudara mayor dinero, sería elegida la reina de la Caleta Escondida.

Yo siempre quedaba impresionado de ver durante estas festividades, cómo todos salían de sus casas y comenzaban a acomodarse en la playa, a tomar sol y bañarse, Colocaban una fila interminable de toallas y sombrillas. Viejos, jóvenes y niños, todos disfrutaban del mar, juntos como una gran familia.

Las casas y la única calle, estaban llenas de coloridos adornos y había un ambiente festivo en el aire.

Las historias y leyendas que rodeaban la playa y su gente, parecían cobrar vida en ese ambiente vibrante.

El día parecía más brillante y prometedor, y la sensación de que algo especial estaba a punto de ocurrir llenaba el aire.

Por la tarde, la playa se llenaría de una palpitante actividad, el desfile de antorchas, que era el más esperado por todos los niños, sería el desfile principal. Muchos se esmeraron por días en hacer la más llamativa y original. La competencia estaba en su punto máximo, y el ambiente estaba cargado de emoción, Manuel, nos improvisó una antorcha en forma de estrella, para que podamos desfilar.

En la noche, habría una espectacular quema de fuegos artificiales y un gran baile, eventos que eran el centro de la fiesta más importante de Caleta Escondida.

Seguimos caminando por el malecón, y de una de las casas, se percibía un aroma irresistible a pie de manzana recién horneado. La tía Tere, al vernos, nos invitó amablemente a pasar a su casa.

A todos los adultos en la playa les decíamos tíos, era una costumbre del lugar, aunque algunos realmente eran familiares. Todos se conocían de toda la vida; era como una gran familia extendida.

— Niños, Bertha y Enrique llegan mañana, ¡qué alegría que estén aquí! Así podrán pasar un buen rato juntos, ahora sírvanse un pedazo de pastel—nos dice la tía Tere.

Bertha y Enrique eran dos niños de nuestra edad con los que solíamos coincidir cuando visitábamos a la tía Carmen. Habíamos hecho una buena amistad con ellos, eran compañeros de nuestras aventuras y siempre nos divertíamos explorando cada rincón de la playa.

Después de despedirnos de la tía y agradecerle por el delicioso pastel, continuamos nuestro paseo. Llegamos hasta la última casa, era una estructura de madera de un solo piso, que pertenecía a Andrés y Alberto. Su hogar era grande y resultaba el lugar perfecto para jugar a las escondidas. La señora que ayudaba en los quehaceres en esa casa, era un personaje peculiar, tenía una figura imponente y un aire misterioso, le encantaba contarnos historias espeluznantes, ella disfrutaba sádicamente de nuestros gritos de miedo.

Justo al lado, vivían Toño y Cucho, dos niños mayores que nosotros. Eran conocidos por su actitud abusiva hacia los más pequeños, así que todos los evitábamos tanto como podíamos.

A pesar de los ocasionales sustos y la presencia amenazante de esos bravucones, nuestros días en el malecón estaban llenos de risas y descubrimientos. Cada rincón de ese lugar, desde la acogedora casa de la tía Carmen hasta la misteriosa residencia de Andrés y Alberto, estaba impregnado de recuerdos que atesoraríamos para siempre.

En el camino de regreso, nos encontramos con Sole, una amiga de mi edad, siempre sonriente.

— ¡Hola amigos! Ya me contaron que se perdieron el día de ayer. ¿Dónde se metieron? Nadie puede desaparecer en esta playa. Ah, ¿no me digan que fueron a El Colorado? ¡Y no me buscaron para ir!

Le contamos lo que habíamos vivido, pero omitimos la parte de la cueva.

— Si hubieran venido conmigo, habríamos regresado temprano y no habría pasado nada —comentó Sole con tono molesto por no haberla invitado.

Sole era una niña muy alegre, pero mandona, su papá era un coronel del ejército, tenía a quien salir.

Martina y yo aún estábamos procesando lo que nos había sucedido. Lo que sí sabíamos era que todo parecía tener más vida y color para nosotros. Sin duda, algo nos había cambiado dentro de esa cueva, y solo nosotros habíamos podido ver y sentir lo que allí ocurrió.

Cuando llegamos a la casa, Manuel estaba en la puerta.

— Niños, qué bueno verlos de vuelta temprano. Espero que no se hayan metido en más problemas —tiene una sonrisa fingida, intentando ser amable, pero se siente un tono de advertencia en sus palabras. Le sonreímos también, y entramos a la casa.

A medida que se acercaba la noche, el entusiasmo en la playa se hacía palpable, y nosotros no podíamos esperar para ser parte de la celebración.

Martina y yo estábamos cambiándonos de ropa, en eso, encontramos un álbum de fotos pequeño en un cajón del velador, curiosos, comenzamos a ojearlo, era muy antiguo, estábamos tan absortos mirando las fotos que olvidamos cambiarnos. La tía Carmen apareció, interrumpiendo nuestra exploración.

Nos mira y sonríe, nos comienza a contar la historia detrás de cada una de las imágenes, la nostalgia en su voz era palpable. Las fotos en blanco y negro mostraban una Caleta Escondida vibrante y próspero, muy diferente del lugar tranquilo y algo descuidado que conocíamos. Las imágenes de la gente con trajes de baño antiguos y el ambiente alegre del pasado nos hicieron reír.

La tía Carmen habló de cómo el cambio en el clima y el deterioro de los campos habían afectado a la comunidad. Sus palabras, llenas de melancolía, nos hicieron comprender la profunda conexión que tenía con ese lugar. Nos devolvió el álbum, con instrucciones de cuidarlo, su voz tembló levemente, y su sonrisa trató de ocultar la tristeza que sentía.

— Cuídenme esas fotos, que también son suyas. Me voy, tengo que ir a la festividad a ayudar.

Nos quedamos mirando las fotos, particularmente una en la que mi padre de pequeño estaba desfilando con una antorcha en forma de pez. La imagen era un vínculo tangible con el pasado y con la historia de nuestra familia en Caleta Escondida. También notamos una foto de la tía Carmen, con su famoso pie de manzana en el puesto de comida durante la fiesta de la Virgen de Lourdes.

Dejamos el álbum donde lo encontramos, y terminamos de cambiarnos y salimos a vivir el colorido festival. Toda la gente estaba ahí, una banda de músicos presidía el desfile de antorchas, Manuel nos entrega la nuestra y nos incorporamos a la marcha.

Al llegar al final de la calle, todos los antorcheros dimos la vuelta y regresamos a la plazoleta donde estaba el castillo. Apenas llegamos, este comenzó a quemarse, dando vueltas en sus extremos, con su fuego multicolor delirante, despidiendo silbatinas que provocaban la algarabía de todos los concurrentes, la gente aplaudía.

La banda siguió con su música e invitó a bailar a toda la gente, grandes y chicos danzaban al compás de la alegre música, la playa estaba cargada de alegría.

Muy entrada la noche, mamá y la tía nos buscaron entre la multitud, era tarde, y a pesar de nuestros ruegos para quedarnos más tiempo, estas no fueron escuchadas, la voz de la tía Carmen se hizo oír, teníamos que ir a descansar.

Por la mañana, el canario que nos había despertado el día anterior, volvió a aparecer, posándose nuevamente en la ventana. Esta vez, su comportamiento era más agitado y parecía intentar llamar nuestra atención. Nos levantamos y salimos en pijama a la puerta principal.

El ave nos guiaba con su vuelo hacia un costado de la casa, donde encontramos una canasta llena de frutas y otra con unas extrañas bolsas.

— Mira eso, ¡es igual a lo que encontramos en la cueva! —me dice Martina, ambos nos miramos con asombro.

El canario continuaba su vuelo frenético, metiendo mucho ruido, dirigiéndose hacia el final de la playa, en dirección al Colorado. Frustrados por no haber alcanzado a la alborotada ave, regresamos, cuando en eso, vemos a una persona bajar de un auto que se estacionaba en la puerta de la casa.

La sorpresa que reflejaban nuestros rostros era evidente cuando vimos a nuestro padre, una figura que extrañábamos mucho. Lo abrazamos y escuchamos su risa tranquilizadora, nos sentimos protegidos, pero nuestras emociones seguían a flor de piel, mientras tratábamos de explicarle al mismo tiempo mi hermana y yo, nuestra extraña aventura con el canario, la cueva, la anciana y la canasta con las frutas y semillas misteriosas que aparecieron en nuestra casa.

Mi madre, al ver a papá, se lanzó hacia él dándole un largo beso, la alegría invadía el ambiente. Trabajaba mucho, lo veíamos poco, aquí lo tendríamos a tiempo completo. Mientras ayudábamos a papá a entrar con su equipaje, la tía Carmen, que había estado observando desde la ventana, salió y saludó a su sobrino, luego se acercó a ver la canasta de frutas que estaba afuera en el jardín, se podía ver una expresión que indicaba que algo le resultaba familiar con esa canasta.

Sentados todos en el living, mi madre aprovechó de contarle a papá lo que había pasado, pero fue Martina quien tomó las riendas de la conversación, para relatar con detalle nuestra experiencia en la cueva, y el extraño encuentro con la señora.

Papá escuchó atentamente, pero no tenía ninguna expresión de sorpresa en su cara, y a medida que Martina contaba la historia, parecía recordar algo. Cuando ella terminó, hubo una pausa de silencio, y papá la interrumpió:

— Cuando era niño, a mí me gustaba explorar, así como ustedes —comentó papá— Llegaba a lugares por donde no debía andar por mi corta edad. Un día decidí caminar por unos riscos, casi caigo a un precipicio, pero una señora, que apareció de la nada, me dio la mano y me ayudó a salir. Me salvó de una muerte segura. Su pelo era cano y largo, estaba vestida de blanco, como la que ustedes vieron.

Papá tenía una voz mezclada de nostalgia y emoción, y continúa contándonos:

— Era tarde, ya no podía regresar a casa. No entendía qué me decía, me hablaba en un extraño idioma. Pero por alguna razón, la comencé entender. Ella se quedó conmigo, sentía que me quería cuidar. Estaba asustado, puso su mano sobre mi cabeza, me quedé dormido. Soñé cosas inimaginables y vi a un pueblo, donde la gente vivía en armonía, muy parecido a lo que Uds. contaron. Al día siguiente, en agradecimiento, le ofrecí de mi mochila unos dulces, que aceptó encantada. Cuando estaba recogiendo mis cosas para irme, voltee y ella ya no estaba, no la veía por

ningún lado, se había literalmente esfumado, no sin antes dejarme una canasta llena de frutas.

Mi hermana y yo estábamos boquiabiertos, escuchando el relato de papá. Era como si las piezas del rompecabezas finalmente encajaran. La descripción de la señora y la canasta de frutas coincidían con lo que habíamos experimentado.

Papá, con una sonrisa nostálgica, metió la mano en su bolsillo y sacó un pequeño cubo rectangular.

—La anciana me dejó esto como regalo —dijo papá—. No estoy seguro de lo que significa, siempre lo he llevado conmigo, siento que me da energía cuando la necesito.

La historia de papá y el cubo, nuestra conexión con esa gente y su pueblo, parecían ser parte de un misterio más grande.

— Algo me había pasado, yo me sentía diferente. Durante muchos años los animales venían hacia mí y sentía que me decían cosas. Al principio pensé que era mi imaginación, o que me estaba volviendo loco, pero luego me di cuenta de que no era así. — con un suspiro termino de hablar papá.

La tía se quedó pensativa nuevamente, y añadió algo al relato de nuestro padre:

— Cuentan que, en estas tierras, existía gente que se parecía en aspecto a nosotros, pero eran totalmente diferentes. Para ellos, el mundo resonaba como una melodía celestial, siempre afinada y en perfecta armonía con el cosmos. Tomaban de la naturaleza solo lo esencial; no conocían la pobreza ni el hambre. Su existencia estaba en otro nivel.

Se dice que una mujer extraordinaria, similar a la que ustedes describen, habitó en las montañas de Lachay. Pertenecía a una tribu de seres excepcionales conocidos como 'Los Protectores'. Estos seres lograron sobrevivir al acecho de invasores, ocultándose en parajes remotos, en completa sintonía con la naturaleza. La leyenda afirma que podían comunicarse con las plantas y los animales.

Los Protectores dedicaban su existencia a nutrir su espíritu y buscaban una conexión profunda con el universo. Se dice que su sabiduría era tal que tenían total dominio sobre lo material. El bosque en el que vivían era un auténtico paraíso, y este equilibrio con la naturaleza se mantuvo inquebrantable durante milenios.

Sin embargo, su conocimiento alcanzó un nivel tan sublime que, según la leyenda, percibieron que los humanos estaban comenzando a dañar el planeta y que no podían hacer nada para detenerlos. Los humanos no se daban cuenta del daño que estaban causando. Decidieron entonces migrar y emprender un inevitable viaje por el espacio para eludir el inminente colapso de la Tierra. Uno a uno, partieron hacia las estrellas, llevando una pareja de cada animal conocido y semillas de todas las plantas del bosque, hasta que solo quedó ella, la última Protectora.

Esta mujer amaba su bosque con tal devoción que decidió quedarse, con la esperanza de que su pueblo regresara algún día. Tenía fe que, en el futuro, los hombres cambiarían y encontrarían la sintonía correcta con la naturaleza. Ella tenía esperanza en encontrar personas buenas que podrían hacer posible este cambio.

La leyenda narra que aún deambula por el bosque, y que a veces se le ve bajando a la playa, vigilando su hogar y esperando el día en que la humanidad recupere el equilibrio perdido con la naturaleza.

La tía Carmen nos dijo que Manuel le había contado esa historia. Su gente sabía de la existencia de la Protectora y se lamentaba de que su pueblo no la escuchara cuando ella comenzó a manifestarse. La Protectora había intentado advertirles sobre detener el entierro de unos extraños barriles en la arena. Las autoridades del pueblo recibían mucho dinero con eso, pero al final, la gente comenzó a enfermar y a morir, dejando atrás un pueblo fantasma en medio del desierto. Esto también afectó, de alguna manera, a Caleta Escondida.

Manuel fue acogido por la tía Carmen cuando era muy niño, y desde entonces comenzó a vivir con nosotros, era parte de la familia.

Mi papá, Martina y yo nos miramos, dándonos cuenta de que de alguna manera, todos habíamos tenido contacto con esa mujer. Como familia, estábamos conectados.

— ¿Por qué nunca me contaste esa historia? —le preguntó papá a la tía Carmen.

— Manuel me lo contó después de lo que les pasó a los niños —respondió la tía justificándose.

Mientras la tarde avanzaba, el ambiente de asombro en la casa, por las historias contadas, se iba transformando al de un ambiente cálido familiar.

La fiesta de la Virgen de Lourdes estaba en pleno apogeo, y la playa estaba llena de vida y celebración. A pesar de las emociones y las revelaciones en este día, nos sentíamos más unidos que nunca como familia, teníamos un lazo misterioso que nos conectaba a todos con la historia y los secretos de Caleta Escondida.

Seguimos conversando con papá hasta que sirvieron el almuerzo. Martina y yo terminamos primero, y pedimos permiso para ir a jugar a la playa. Estábamos felices de ser parte de algo que aún no entendíamos del todo, estábamos más tranquilos; era increíble todo lo que nos estaba pasando. Me arrepentía de haber pensado que Caleta Escondida era un lugar aburrido.

En la playa, nos encontramos con nuestros amigos, que estaban sentados en el malecón. Todos eran buenos chicos. Nos pusimos al día sobre lo que nos había pasado durante el año, ya que solo nos veíamos en las vacaciones de verano. Nos reíamos de las ocurrencias de Alberto y sus muecas, el pequeño Jimmy se sacaba las medias llenas de arena, y Pedro y mi hermana hacían piruetas en el malecón.

— ¿Hermano, les contamos lo que nos pasó?

— No lo sé, ¿qué piensas tú?

— Van a pensar que somos raros.

Finalmente, decidimos mantener en secreto nuestra loca aventura y no contarles nada. Era lo mejor.

El día estaba caluroso y nos invitaba a bañarnos en el mar. Las olas estaban tranquilas, y se habían formado bancos de arena que nos permitían caminar hasta el fondo.

— ¡Ay, socorro! —gritaron las chicas. Alberto tenía un enorme cangrejo en sus manos y comenzó a asustar a todos. Era tanto el griterío que no se dio cuenta de que venía una contra ola. De pronto, se escuchó el choque de las dos olas y Alberto desapareció.

— ¿Dónde está? —nos preguntábamos todos.

— No lo sé.

— Ahí —dijo alguien señalando una cabeza con un cangrejo agarrado del pelo del loco Alberto.

— ¡Sáquenlo! ¡Sáquenlo, por favor! —gritaba.

Ahora eran las chicas las que se reían. Con tanto salto y bailoteo, el asustado cangrejo regresó al agua.

Todos volvimos a la playa, sin parar de reír; realmente fue muy divertido. Hasta Alberto se reía de sus propias payasadas.

Era increíble como nos podíamos divertir con la naturaleza, y con todo lo que nos rodeaba, sin teléfonos, sin computadoras. Nuestra alegría e inagotable energía hacían de la playa, un paraíso, y que el tiempo pasara inadvertido.

— ¡Niños, a cenar! —nos grita Manuel desde el malecón.

Nos despedimos de todos nuestros amigos y fuimos a lavarnos y cambiarnos. Ya sentados en la mesa, el delicioso olor a pescado frito no podía pasar inadvertido. Era una bendición vivir frente al mar.

Después de comer, escuchamos las historias que nos contaba la tía sobre nuestra familia y lo maravillosa que había sido esta playa en tiempos antiguos, llena de alegría.

Mi hermana y yo estábamos cansados y queríamos ir a descansar; el largo baño en el mar con nuestros amigos nos había dejado muy relajados. Nos fuimos a dormir.

Por la mañana, después de desayunar, salimos a jugar. Al llegar a la puerta, Manuel nos llamó, visiblemente acalorado e indignado:

— ¿Niños, me están tratando de hacer alguna broma? —preguntó. Martina y yo respondimos:

— No, Manuel, de ninguna manera.

Refunfuñando, nos dijo:

— Bueno, ¿qué significa todo esto?

En el jardín había un hermoso y floreciente rosal. El problema era que, hasta ayer, solo había tierra en ese lugar, vimos al costado una de las bolsas que estaban en la canasta de frutas que nos dejaron, una de ellas estaba abierta.

Manuel se retiró murmurando.

— ¿Qué está pasando, hermana?

— No lo sé, Max. Todo esto es muy raro. ¿Cómo pueden haber crecido tan rápido? Además, ayer no había nada aquí.

— Mira Martina, hay otra canasta —Esta vez no tenía frutas, sino que traía más bolsas de tela con muchas semillas.

Fuimos a buscar a papá para contarle lo que estaba pasando. Lo de las rosas era algo que no tenía explicación, pero claramente estaba relacionado con La Protectora.

La tía Carmen salió y vio el hermoso jardín. Era un milagro. Su rostro reflejaba una expresión de inmensa felicidad. Nos abrazó muy fuerte y nos dijo:

— Ustedes han traído felicidad a mi viejo corazón.

No entendíamos nada, no fuimos nosotros, la casa estaba alborotada, así que salimos a caminar nerviosos por el malecón; era mucho para procesar en nuestras pequeñas mentes.

Afuera estaban nuestros amigos, algunos acababan de llegar a Caleta Escondida, los mellizos, eran tan distintos, uno tranquilo y el otro inquieto, habían llegado. El grupo de amigos se iba agrandando. Comenzamos a caminar en grupo a lo largo del malecón, otros amigos salían con sus bicicletas y se unían a nosotros. Las olas y el olor a mar nos acompañaban, el sol comenzaba a arreciar, prometía ser un día hermoso para disfrutarlo en la playa.

Estábamos todos parados, planeando que hacer, cuando una abeja empezó a volar alrededor mío, al principio pensé que era casual, pero comenzó a danzar frente a mí, quería llamar mi atención, pero la espante.

De repente, vi que se acercaba a nosotros volando una gaviota, que empezó a volar sobre mí. Me asusté y traté de ahuyentarla.

De pronto, la gaviota se posó en la baranda del malecón, se puso frente a mí, y comenzó a batir sus alas. Me asusté, entonces, escuché que me decía:

“En todos los jardines de Caleta Escondida, semillas sembrarás”

La gaviota volvió a revolotear sus alas y me hizo mirar hacia un lado de la playa, donde estaba la extraña mujer, ahí estaba La Protectora. Me quedé sin habla.

El ave extendió sus alas nuevamente, estaba complacida, y comenzó a volar. Miré hacia la playa buscando a la anciana, pero esta, ya no estaba.

— ¡Chicos! ¿Vieron lo que pasó?

— ¿Qué? — me respondió uno de los mellizos.

— ¿No vieron lo que hizo la gaviota?

— ¿Qué gaviota? — respondieron al unísono mis amigos. Decidí no insistir.

— Yo escuché lo que te dijo, y también vi a la anciana —me dice Martina.

Estaba sorprendido y muy confundido. ¿Qué más nos podía pasar? Era realmente algo de locos. Entendí que mi hermana y yo éramos los únicos que podíamos ver estas cosas, tenía el presentimiento que la extraña anciana quería algo de nosotros, y eso me asustaba.

— Chicos, nos vemos más tarde — tomé de la mano a Martina y comencé a caminar, tenía que ver a papá y contarle lo que nos había pasado, era el único que nos podía decir lo que pasaba.

Corrimos hacia la casa y ahí estaban papá, mamá y la tía Carmen tomando una taza de café, les contamos lo que había pasado. Mi padre llegó a la conclusión de que nada de esto era fortuito, y que ahora entendía que todas esas cosas raras que le habían pasado de joven no eran casualidad, todo estaba ligado a Los Protectores. Ahora había que descifrar qué quería la anciana de nosotros.

— Tenemos que hacer lo que la gaviota te ordeno —dijo papá.

Increíblemente, todos en casa estábamos decididos a seguir al pie de la letra lo que se me había ordenado. Dejamos de hacer lo que estábamos haciendo, y luego de parar de darle vueltas a todos estos extraños acontecimientos, tomamos las bolsas de semillas.

La Tía Carmen fue a buscar a Manuel para que se uniera al grupo.

— ¡Manuelito, por favor, ayúdanos a sembrar estas semillas en el resto del jardín y en los jardines de todas las casas de la playa!

— ¡Están todos ustedes locos!

—. ¡Te lo suplicamos, por favor, por favor! —insistimos Martina y yo.

Después de mucho rogar, Manuel, a regañadientes, accedió a ayudarnos. Con palas y picotas salimos todos.

Terminamos de sembrar las rosas en nuestro jardín, después fuimos casa por casa pidiendo permiso para sembrar las semillas. Los vecinos pensaban que nuestra familia se había vuelto loca, pero no tenían nada que perder, accediendo a nuestro pedido.

Era tanto el alboroto que provocamos, que nuestros amiguitos se unieron a nuestra cruzada, haciendo la tarea más entretenida; finalmente todos comenzaron a ayudar, grandes y niños.

— ¿Por qué estamos haciendo esto? — preguntó Bertha.

— Es que… —le tapé la boca a mi hermanita.

— Es que así las casas se van a ver más lindas — respondí.

— Ah — Ella quedó satisfecha con la respuesta.

Cuando el sol se estaba poniendo, estábamos terminando de sembrar las semillas en todas las casas de la playa.

Las mamás, contagiadas por nuestro entusiasmo, nos prepararon limonada y pastelillos. Fue una tarde divertida e inolvidable, era increíble ver como todos se habían contagiado de ese entusiasmo por sembrar las semillas de las rosas en sus casas, y sobre todo la fe que se depositó en lo que estábamos haciendo.

Todos sucios y cansados, finalmente nos despedimos todos, y regresamos a nuestras casas. El único que refunfuñaba era Manuel, que estaba muy cansado. Pero al final, fue él, el más entusiasta del grupo. Era un gran hombre.

Luego de cenar, Martina y yo no teníamos fuerzas para jugar o charlar. Caímos cansados, prácticamente nos dormimos en la mesa.

— Sí que la revolvimos — expresa mamá, y papá le da un beso en la frente.

— Gracias por ser como eres y siempre seguirnos con nuestras locuras — le dice tiernamente papá.

Se escuchaban las olas del mar rompiendo en la playa, una tras otra. Trataba de contar cuánto tardaba en llegar la siguiente ola, y los ojos se me fueron cerrando.

Esa noche no se escuchó ni el vuelo de una mosca, todos quedaron profundamente dormidos.

Temprano por la mañana, la puerta de la casa se tambaleaba por los golpes desesperados de los vecinos que querían hablar con la tía Carmen.

Manuel y mi padre abrieron la puerta.

— ¿Qué pasa? — preguntó la tía a la gente.

— ¡Mira los jardines Carmen! —le dicen los vecinos. Mis padres miraron con asombro de cómo habían crecido y florecido las rosas en todas las casas de Caleta Escondida, era algo realmente hermoso.

— Pero ¿cómo es posible esto? —le preguntaban a la tía, todos estaban sorprendidos. El único que no lo parecía era Manuel, que creía en el poder de Los Protectores.

— ¡Tus sobrinos fueron los que trajeron esas semillas!

— Pero, ¿cómo puede ser? Tiene que haber una explicación. Alguien debe haberlas plantado durante la noche para sorprendernos—dice alguien en la multitud.

— Señora, con qué razón harían eso, además las semillas fueron plantadas ayer por todos los niños, ayudados por muchos de ustedes, y yo mismo los ayudé —responde Manuel.

— Sí, las sembramos ayer, yo ayudé —agrega el pequeño Alberto, orgulloso de estar participando en este alboroto.

— ¡Es un milagro! —repite la mamá de Bertha.

— Esto no es posible —dice el papá de Cucho, que era ingeniero agrónomo.

— Pero lo es —responde la señora Leti.

— Deben haber sido una de esas semillas especiales, hechas por los gringos o los chinos —comenta don Jorge, un militar en retiro, muy escéptico.

Todo el mundo tenía una respuesta, lo único real era, que las rosas estaban ahí, crecieron milagrosamente en la noche y transformaron la apariencia de todas las casas en la playa, dándole más vida.

Así como llegaron, la gente poco a poco se fue a sus casas, con teorías increíbles, dando vueltas en sus cabezas de lo que había pasado. Pero la persona más contenta en la playa era la tía Carmen, que estaba muy feliz.

Una magia inexplicable y maravillosa había realizado un milagro en esos olvidados jardines áridos de los vecinos de Caleta Escondida. Al final, era algo bueno que estaba ocurriendo, y era de esas cosas que no tenía una lógica explicación, pero nosotros, sí sabíamos quién nos había dado tan maravilloso regalo. Fue una mañana extraordinaria, mezclada de alegría e incredibilidad.

Con nuestros amigos, caminando por el malecón, no dejábamos de admirar las lindas y diferentes que se veían las casas, y la alegría que se veía en la cara de la gente. Mi hermana y yo pensamos que todo había terminado, pero estábamos muy equivocados; esto recién comenzaba.

Era un día sábado, y algunos de los mayores se juntaban en la casa de tío Tito, sentados al medio los tíos Alfredo, Armando y Jano, quienes se ponían a tocar guitarra con una destreza inigualable, despertando el criollismo que todos los presentes llevan en sus venas entonando hermosas canciones.

Más allá, en la casa de tío Willy, él y su esposa Teresa, aprovechando la fiesta de la Virgen de Lurdes, inauguraban “Las gaviotas”, el primer restaurante en la playa. No entraba una persona más en el local, el ceviche de chanques, el tacu tacu de mariscos y el lenguado a lo macho fueron los platos preferidos.

La gente ya hablaba de hacer unas mejoras en la forma de vida en Caleta Escondida, tenían que traer de alguna forma la energía eléctrica y arreglar la carretera de entrada.

Había que encomendar esta misión a un entendido, y este era el tío Quique, que era un notable ingeniero y la gente lo respetaba mucho.

Por la tarde todos los jóvenes estaban sentados en el malecón, nosotros los pequeños los mirábamos con envidia, yo solo esperaba tener su edad y poder hacer lo que ellos hacían, correr olas, nadar hasta el fondo, detrás de donde reventaban las olas.

Mi hermana y yo, regresamos a la casa, cuando estábamos terminando de cenar tocan la puerta. Manuel fue a abrir, era Alberto y su hermano. Saludaron a todos.

— Tía, ¿le das permiso a Max y a Martina para jugar un rato en el malecón?

— Bueno, solo un rato, ya es tarde —responde mi madre.

No lo pensamos dos veces y salimos corriendo. Había una hermosa luna llena, espectacular; decidimos ir a la playa para apreciarla mejor. Alberto hizo un agujero en la arena, juntamos unas pequeñas maderas y cañas, y encendimos una fogata.

Llegó Bertha con sus hermanos, Martina tuvo una idea, y fue a la casa en busca de unos malvaviscos. Con unos improvisados palillos los atravesamos y los pusimos al fuego; los ocho amigos disfrutábamos del calor de la fogata, del mar y las estrellas.

Todos nos enterramos en la arena, está aún estaba tibia. En el cielo las estrellas deleitaban nuestros ojos, sentía que podíamos tocarlas. Creábamos historias y nos imaginábamos que éramos exploradores, y descubríamos mundos increíbles, llenas de criaturas extraordinarias.

De pronto, el cielo se llenó de un estruendo que nos estremeció, era un sonido agudo, como el crepitar de ramas secas ardiendo en una hoguera inmensa, pero mezclado con un retumbar. Levantamos la vista, y lo vimos, era un meteorito, una bola de fuego surcando el firmamento con una cola de luz anaranjada que iluminaba la noche. Su velocidad era sobrecogedora, y el aire alrededor chisporroteaba, distorsionando todo a su paso. Parecía que la roca incandescente estaba destinada a caer justo sobre nosotros, pero en un giro desesperado de los eventos, lo vimos desviarse en el último momento. El cielo rugió y, en un abrir y cerrar de ojos, el meteoro se hundió en el mar con un sordo estruendo, enviando una columna de agua y vapor hacia los cielos, había caído al lado de las “Tres Marías”, que eran unos peñascos situados en el centro de la playa. Todo había sucedido tan rápido que el silencio que siguió nos dejó

con el corazón latiendo. Quedamos sin palabras, admirados por el acontecimiento que acabamos de vivir, fue un espectáculo impresionante.

No dejábamos de especular con teorías realmente locas sobre por qué había caído allí y de dónde venía el meteorito, y como haríamos para buscar sus restos.

Luego de parlotear sobre lo acontecido y llegando a la conclusión de que sería imposible encontrar el pedazo de roca en el mar, nos despedimos, y fuimos a contarles a nuestras familias lo que habíamos presenciado.

Por la mañana, el sol tocó nuestra ventana. Luego de tomar desayuno, salimos a caminar por el malecón como era de costumbre.

La sorpresa que nos llevamos Martina y yo al salir fue tremendamente motivador, todos los habitantes de Caleta Escondida estaban pintando sus casas, los pájaros y las abejas revoloteaban por todos los jardines como si celebraran la llegada de las rosas, y este bendecido acontecimiento de la madre naturaleza.

Caleta Escondida había cambiado; se había transformado en un sitio lleno de vida, toda la gente se sentía diferente, llena de alegría.

La tía Carmen decía que era un milagro, y mi padre afirmaba que todo esto era producto de la anciana. Era como si la madre naturaleza se hubiera vuelto loca y estuviera ejerciendo todo su poder para dar vida a este lugar olvidado de la tierra.

Muy tarde, esa noche, mi hermana se durmió en los brazos de papá. Él solo vino por unos días y tenía que regresar a trabajar. Así que, muy temprano por la mañana, lo acompañaríamos hasta la carretera principal, desde donde lo recogería un vehículo para llevarlo a la capital.

Ya en mi dormitorio cobijado por las sábanas, pensaba en todo lo que había pasado en estos últimos días, y me seguía repitiendo en lo tonto que fui en pensar que me iba a aburrir en Caleta Escondida, vivía algo extraordinario, y estaba aprendiendo que había un tiempo para estar conectado con la ciudad, y que había que dar otro tiempo para estar en comunicación con la naturaleza.

Me quedé dormido y en mis sueños, vi un hermoso halcón que volaba sobre la copa de una palmera. Había un hermoso oasis con un manantial. Pequeños árboles y flores adornaban el lugar, se veía verde por todos lados.

A poca distancia, en una duna, había hombres bajando cilindros de un camión; había cientos de estos. La anciana que me dio la mano en la cueva estaba en la loma de una duna contigua, mirando lo que estos hombres hacían. Se veía que ella lloraba tristemente; podía sentir su pena. El oasis poco a poco se fue muriendo y todo se tornaba oscuro. Me desperté de un salto, con el corazón palpitando desenfrenadamente.

Desperté a Martina y le conté lo que había soñado. Ella estaba sorprendida y me dijo que tuvo el mismo sueño. Ya estaba amaneciendo, no pudimos dormir.

Nos quedamos conversando hasta qué mamá vino a avisarnos que el desayuno estaba servido y que, después, iríamos a dejar a papá.

Tía Carmen se despedía de su sobrino, pusimos sus cosas al auto y comenzamos a subir por el empinado camino. El sonido de las olas rompiendo en la playa dejaba de oírse, marcaba el comienzo del desértico camino.

A mitad de camino, levanté la mirada al cielo y vi un halcón. Este nos seguía, luego de un rato, comenzó a hacer círculos sobre el auto; nos quería indicar algo.

— Hermana, mira hacia arriba.

— Sí, es el mismo halcón de mis sueños. Ya estábamos cerca de la ciudad abandonada.

Adelante, al lado derecho de la pista, se veía un camino de tierra que se perdía entre la arena, nunca antes lo habíamos visto. El halcón nos indicaba que tomáramos esa ruta.

Mi hermana y yo gritamos al mismo tiempo:

— ¡Mamá, papá, paren, entren por ese camino, por favor! —era algo que sabíamos que teníamos que hacer.

Mi madre frenó bruscamente y nos miró.

— Chicos, ¿están locos?

— Mamá, papá, tenemos algo que contarles.

— Te escuchamos, Max.

Les conté todo sobre nuestro sueño, parecía un tren desbocado tratando de darles detalles, y Martina me ayudaba. El halcón ahora emitía chillidos, que llamaron la atención de todos en el auto.

Mamá tenía cara de incrédula; le costaba creer todo lo que había pasado y estaba pasando, buscaba en un segundo la lógica de los acontecimientos.

Pero nuestro padre, por el contrario, nos miraba y sabía lo que teníamos que hacer.

— ¡Detente! Toma ese camino, ordenó.

Mamá nos miró a los tres.

— Debo estar loca por hacerles caso a ustedes.

Nuestro pequeño auto no era el adecuado para esas rutas, pero la orden ya estaba dada, teníamos que seguir al halcón.

De pronto, la anciana apareció, parada sobre una gran duna, sosteniendo al ave posada en su brazo, señalándonos con el dedo hacia dónde teníamos que ir. Todos la podíamos ver. En este punto, mi madre dejó de dudar sobre su existencia.

El terreno nos impidió avanzar más con el auto, así que lo dejamos y continuamos a pie.

El halcón nos llamaba la atención con sus agudos chillidos, guiándonos, hasta que de repente comenzó a volar en círculos sobre un punto específico.

Nos acercamos al sitio que sobrevolaba, y encontramos un antiguo pozo rodeado de pequeñas dunas. El olor que emanaba del fondo era fétido, insoportable. Sin embargo, una brisa repentina disipó el hedor, y a lo lejos, la anciana nos hizo señas para que nos acercáramos más.

Descubrimos lo impensable: cientos de barriles amarillos marcados con la imagen de una calavera. Mi madre nos gritó que nos alejáramos inmediatamente. Eran desechos tóxicos.

Papá, sin pensarlo dos veces, comenzó a grabar y tomar fotos del lugar como evidencia, llamó por el celular inmediatamente a la policía.

La verdad detrás de la tragedia del pueblo fantasma salía a la luz. El envenenamiento de sus habitantes había sido causado por aquellos barriles, enterrados en secreto cerca de su pueblo.

Miramos a todos lados en busca de la mujer, y esta ya no estaba, incluso el Halcón se había ido.

Más tarde llegó la policía, esta no podía explicarse cómo habíamos llegado a ese apartado lugar, no había un camino. Efectivamente, solo estaban las huellas marcadas por nuestro auto en la arena.

Nos agradecieron por haber encontrado la prueba que llevaban años buscando. Tenían una idea de quién estaba causando el daño, pero nunca pudieron probar nada en su contra, ahora todo estaba más claro, las etiquetas en los bidones tóxicos daban razón de su procedencia.

Horas más tarde, periodistas y helicópteros sobrevolaban la zona, este descubrimiento se había convertido en noticia.

El mundo pudo apreciar el daño que esos materiales tóxicos habían causado y que, lamentablemente, exterminó a toda una población. De milagro, Caleta Escondida se salvó, y sin equivocarme, fue por La Protectora.

Mi padre tuvo que cancelar su viaje de regreso a la ciudad, esto era más importante. La tía Carmen y todo el pueblo estaban conmocionados con la noticia, pero felices del descubrimiento de sus pequeños héroes.

Con esta valiente acción, se lograron identificar otros sitios que, en silencio habían sido contaminados con desechos tóxicos, envenenándolos lentamente.

Este descubrimiento fue un rayo de esperanza, ya que no solo se evitó una catástrofe ambiental mayor, sino que también se puso fin a años de sufrimiento y miedo.

Sanciones ahora sí serían impuestas a esta poderosa empresa, que durante años enterró en la oscuridad estos venenos, representando un triunfo de la justicia sobre la avaricia y la irresponsabilidad.

La tierra comenzaría a sanar, y con ello se abriría un rayo de esperanza, de un futuro más limpio para todos.

Meses después, con la incansable ayuda de la tía Carmen, nuestros padres y un grupo de apasionados amantes de la naturaleza de Caleta Escondida, nos propusimos devolverle la vida a aquel lugar olvidado, el mal llamado “pueblo fantasma”. Manuel, como uno de los últimos descendientes de esa tierra herida, recibió el honor de renombrarla. Desde ese día, el pueblo se conoció como 'Pueblo Esperanza'.

El gobierno se sumó al esfuerzo, apoyando la reconstrucción y alentando a nuevos pobladores a sembrar sus raíces en ese rincón renacido.

Hoy, muchos años después, puedo decir con orgullo que Martina y yo aprendimos a amar y respetar la naturaleza de formas que jamás hubiéramos imaginado. Entendimos que cada uno de nosotros es parte de este vasto y pequeño universo, y que tenemos un papel crucial en su protección.

Mi hermana y yo dedicamos nuestras vidas a compartir con otros la importancia de cuidar este planeta, a mostrar cuán frágil es nuestro ecosistema y cómo, con cada acción, pequeña o grande, dejamos una huella imborrable. Cada gesto de bondad hacia la Tierra es un paso hacia la preservación de ese milagro que llamamos hogar.

La Tierra es un paraíso rebosante de vida y misterios, un rincón único en este vasto universo que debemos aprender a valorar y proteger.

Ahora sé que un espíritu antiguo y sabio nos ha acompañado siempre. La Protectora sigue aquí, vigilando los bosques y el mar, recordándonos que aún tenemos la capacidad de cambiar. Podemos aprender a vivir en armonía con nuestro entorno, a respetar este planeta, que no solo es nuestro hogar, sino también el de nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos.

Todo está conectado. Si escuchamos con el corazón, sentiremos cómo finos hilos, matices y colores invisibles nos revelan que todo en el universo está entrelazado.

Existe un poder inexplicable que se manifiesta a través de la vida en nuestro planeta, afirmando su presencia y recordándonos que cada ser vivo tiene un poder propio. Y ese poder no radica en lo material, sino en nuestra capacidad de amar, cuidar y preservar la vida. La Protectora cree en nosotros y nos recuerda que siempre existe una oportunidad para cambiar y dejar un legado de esperanza.

Al final, lo que hacemos hoy definirá el mundo que heredarán las generaciones futuras.